

DISCURSO INAUGURAL.

CURSO ACADÉMICO DE 1879 A 1880

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DR. D. JOSE DE LETAMENDI

BARCELONA

IMPRENTA DE JUAN VIVES

1879

BARCELONA

IMPRENTA DE JUAN VIVES

1879

1879

1879

DISCURSO INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1878 Á 1879

PRONUNCIADO

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL

DR. D. JOSÉ DE LETAMENDI,

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE LA FACULTAD DE MEDICINA.



BARCELONA.

IMPRESA DE JAIME JEPÚS,

IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD.

PASAJE DE FORTUNY (ANTIGUA UNIVERSIDAD).

1878.

VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATOMICOS

MOVIMIENTO INTELLECTUAL CONTINENTAL

---

VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS  
EN EL  
MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO.

---

# EXCERPTARIO SEÑOR

SEÑOR

El presente es un extracto de los trabajos de la  
Comisión de Estudios de la Universidad de Chile  
que se celebraron en el mes de Julio de 1924  
y que se publicaron en el número 10 del  
Boletín de la Universidad de Chile, en el  
año 1925. Este extracto tiene por objeto  
facilitar a los señores profesores y alumnos  
la consulta de los trabajos que se han  
realizado en esta materia. El extracto  
está dividido en tres partes: la primera  
contiene los trabajos de los señores  
profesores, la segunda los trabajos de  
los señores alumnos y la tercera los  
trabajos de los señores profesores y  
alumnos conjuntamente.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

¡Cuán mudados nos sentimos todos los presentes, en el transcurso de brevísimo espacio!—Al interrumpir el arreglado compás de nuestras habituales ocupaciones, para acudir al llamamiento de V. E.; quien acatando un deber; quien cediendo á un compromiso; quien movido de mera curiosidad; quien resignándose á alguna molestia ó á algún perjuicio; quien acaso calificando de superflua y vana la ostentación vinculada á este acto, veníamos todos hondamente convencidos de que, con prestar á la inauguración de las tareas universitarias nuestro material concurso, le hacíamos merced de un tanto de la solemnidad que reviste.

¿Y ahora?—Ahora, Excmo. Señor, todo resulta completamente invertido.

Ahora, bajo el influjo del sentimiento estético que absor-

be nuestras almas, aparécense nos como secundaria y desairada prosa aquellas mismas ocupaciones de cuya interrupcion nos doliéramos: ahora, cada cual en el fondo de su conciencia reconoce que la majestad de este acto no es el resultado precario del tributo de su material presencia; puesto que, á ser ello cierto, no nos sentiríamos todos, como nos sentimos, esclavos de nuestra obra, movidos por su íntima virtud, de rodillas ante el ídolo modelado por nuestras manos y, como niños asustados por su propio temor, sobrecogidos por la solemnidad de nuestro mismo sobrecogimiento;—ahora, vemos que no basta formar muchedumbre para constituir solemnidad, sino que ésta nace de la alteza moral del fin que la convoca é informa; ahora, de una vez, venimos á descubrir que el interes, la deleitacion, el recogimiento y todas las formas de sentimental tension, que en actos de la índole del presente embargan nuestro ánimo, tienen su origen en algo que, señoreándose de nuestro colectivo cuerpo, constituye el alma de la solemnidad, y que ese algo realmente no es de este mundo.

Ese algo es la luz de Divina asistencia que, al ingente calor de la moralidad final del paso, resplandece espontánea, no por milagro accidental de Gracia, sino por regla normal de Providencia, como para sancionar con su majestad y premiar con estéticas fruiciones la grandeza de nuestro comun propósito.

Hé aquí porque, en situaciones como la presente, todos sin excepcion nos sentimos más fuertes que de ordinario nos juzgamos, todos anhelamos ser mejores que de ordinario somos, y todos, asimismo, al recordar la glacial frialdad de la vida utilitaria, que pocos momentos ha nos parecía la



quinta esencia de lo positivo, hasta el punto de atrevernos á calificar de ociosa y vana esta augusta ceremonia, todos, Excmo. Señor, reconocemos que no es aquéllo, sí ésto; no la prosa, sí la poesía; no el interés físico, sí el interés moral quien ofrece en la doble redondez del tiempo y el espacio, verdaderas condiciones de vida propia, inefable y eterna.

Tal inestabilidad en nuestros juicios, respecto de cuál sea el real y positivo tesoro de la existencia, hallan, ya que no excusa, explicacion razonable en lo imperfecto y mezquino de nuestra naturaleza; pues tales somos, tales, que por lo rudimentario de nuestra inteligibilidad no nos es dado reconocer nuestro sér como uno, sino á condicion de verlo por reflexion como dos, y al relacionar este dualismo con la duplicidad, trascendental y terrena, de los intereses que á porfía nos están solicitando, reduplicasen el propio doble sér en tal guisa que, partida nuestra aparente doblez por la real y efectiva de nuestros intereses, viene á resolverse nuestra personal unidad en cuatro sujetos discordes entre sí, cuando no mortalmente enemistados; y ¡guay de aquel que renunciando, de concesion en concesion, á las regalías de su unidad moral en manos de la muchedumbre de estímulos terrenos que sin tasa reclaman nuestro consentimiento, abdica en ellos; pues él verá deshecha su personalidad en polvo impalpable de voliciones, tan inconscientes y fútiles como las del atolondrado insecto ó del ruin y torpe gusano!

Ello es que, aún contando con un razonable freno impuesto á la propia organizacion, puede ofrecer nuestro ánimo cuatro actitudes por todo extremo distintas entre sí: una abyecta que, en conformidad con el apetito de prosa,

opta por la prosa; otra, malladada, que opta por la prosa, á despecho del apetito de poesía; otra, ya meritoria, que opta por la poesía, á despecho del apetito de prosa; y otra, en fin, levantada y perfecta que, en conformidad con el apetito de poesía, opta por la poesía. En la primera de estas cuatro actitudes quizás todos nos habremos sorprendido alguna vez; en la segunda nos hallábamos ántes de resolvernos á venir á este sitio; á la tercera obedecimos viniendo; y en la cuarta, por fin, aquí nos vemos y perseveramos, muy seguros de que en la prestacion de nuestro concurso á solemnidades como ésta, acabamos á un tiempo tres buenas obras; puesto que servimos á Dios, honramos una grande institucion y moralizamos nuestro espíritu, ejercitándole en propósitos liberales, puros y levantados.

Sólo yo, Excmo. Señor; sólo yo debo anhelar, y con sobrada razon anhelo, salir cuanto ántes del paso de esta augusta fiesta; y no porque disienta de la comun emocion, sino por el natural temor de que mi voz disuene de la conjunta armonía. Bien sabe V. E. que sólo por acatamiento debido á sus acuerdos pude resolverme á abandonar el retiro de mi aula, para venir á esta Sala Capitular, con el objeto de dirigir la palabra al país en nombre del Claustro, y aunque por una parte la obligada forma en que subo á esta cátedra de cátedras, ofrece anticipada absolucion á la incompetencia mia; impóneme sobremanera, por otra, la clarísima vision que de lo arduo de mi cometido tengo. Yo aquí debo perorar, porque V. E. me lo ordena; debo perorar de asunto

anatómico, porque ni puedo desairar en esta ocasion á mi cara y fiel compañera la Anatomía, ni es ley que de otra ciencia discurra, invadiendo de tal suerte ajena jurisdiccion y, finalmente, debo imprimir á mi tema, con ser éste anatómico, un giro de universal trascendencia, á fin de que mi palabra sea, no la menguada palabra mia, sino la voz, el pensamiento, el verbo de esta Universidad en pleno convocada.

Socorrida es, sin embargo, la Anatomía, por más que, envuelta en el velo de su burdo tecnicismo y absorta en la contemplacion de la corrupta y repentina muerte, pase por la más insociable y prosáica de las hijas de Minerva. Es la Anatomía de la condicion de aquellas personas que, no poseyendo físico atractivo, resultan por la intimidad del trato más temibles aún que otras por el aliciente de la hermosura y que, conduciéndonos raudamente del trato al amor y del amor á la indisoluble alianza, esclavizan nuestro corazon en dichoso cautiverio.

Con ser los restos cadavéricos el objeto inmediato de la Anatomía, no existe humana ciencia que á esta sobrepuje en importancia, riqueza y atractivo, y á fé de profesor os aseguro que, léjos de ser yo quien pueda echarle en rostro á la ciencia de la muerte el ser pobre de recursos para cautivar vuestro interes, ántes al contrario, ella es quien en secreto á mi oido se me está querellando, con toda la ingenuidad á que nuestro arraigado compañerismo la autoriza, de la mala suerte que en esta ocasion Dios le depara con haberme de tener á mí por Tácito de sus anales y Homero de su epopeya.

Empero, como quiera que no hay compromiso por grave

que se suponga, que no ofrezca á honrado corazón salida honrada, saldréme yo del mio por expedito arbitrio, procurando que en la elucidacion del tema hablen por mi los hechos y trasponiendo en consecuencia mi personalidad de lo cual saldrán gananciosos ésta, aquél y el auditorio.

Y para que no sea dicho que es todo industria la salvacion de mi responsabilidad, viene la fortuna á favorecerme en la eleccion de la tésis, por cuanto no ha habido lugar á deliberacion acerca de ello; yo no he hecho más que decirle al mundo: «dame un tema que sea á la vez que anatómico, «universal y nuevo», y el mundo, sin titubear, me ha contestado: «Pues trata del VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS «EN EL MOVIMIENTO INTELLECTUAL CONTEMPORÁNEO, y en él hallarás las tres condiciones que me pides.»—Yo entónces iba á replicar: «Es que quizá se diga que este tema corresponde de ántes bien al órden fisiológico que al anatómico;» mas el Genio de la Anatomía me contuvo al punto con esta categórica protesta:—«A quien tal dijere, adviértele que la Fisiología en mi seno se engendró y á él retorna, y que áun «en su mayor independencia yo soy el nombre de su oracion, yo el sujeto de sus predicados, yo el obligado principio y fin de sus pensamientos. Acepta, pues, el tema y «trátalo con amor, porque es más grandioso y original de lo que á primera vista quizás parezca. Hablar de mi importancia, de mis maravillas, de mis progresos, de mis «aplicaciones médico-quirúrgicas, nada de esto es ni universal ni nuevo: no hay escuela en el Orbe, donde no se «haya hecho de todo ello la más entusiasta ponderacion; «empero, en mis actuales relaciones con el Dogma, la Filosofía, la Enciclopedia y la Política y en las razones histó-

«ricas de este actual valor, serás tú el primero que te habrás ocupado, y espero que, por espíritu de verdad, aprovecharás esta propicia coyuntura para desagraviarme del pasado, sincerarme del presente y congraciarme con el porvenir. Ea, pues, y así te ayude Dios en este paso, como yo te lo agradezco.»

Y heme aquí, Señores, conformado y dispuesto á elucidar la tésis cuya eleccion el mundo me sugiere y el Genio anatómico me encarece.

A este propósito séame licito, Excmo. Señor, impetrar de V. E. la venia; del Claustro entero el apoyo moral; del público la confianza, y de unos y otros que me cedáis momentáneamente el gobernalle de la comun imaginacion; porque vamos todos á salir incontinentemente de la ciudad condal de 1878, para llegarnos, atravesando como el rayo dilatadas tierras y la espesura de más de tres siglos, á la ciudad de Pavía de 1544, á tiempo de asistir á una leccion anatómica, en donde aprenderemos muchas cosas que por cierto no son de Anatomía.

¡Imponente espectáculo para los vivientes de la época, con quienes nos vemos obligados á codearnos y revolvernos por el peristilo de improvisado anfiteatro, atragantado de gentío que, si no alcanza á ver con los ojos, se desgañita por ver con los oídos; y más que imponente para nosotros, raro; puesto que así lo regular como lo insólito ha de aparecernos todo nunca visto! Ocupa la cátedra un jóven de poco más de veinticinco años, de tez morena, pálida por temperamento, pelo encrespado y breve, cerrada barba, cara juanetuda y sumida, labio revuelto é ingenuo, poblado ceño,

cráneo grandioso de cuadrada y alta frente, más que recta, amenazando derrumbarse sobre unos ojos grandes, de aquellos que parece echan amarras en quien miran, como para mejor fijar su idea dominante en la picada mar del pensamiento; y de todo en todo revelando un alma enamorada de la verdad en aquel punto y forma que separa, por una diferencia mínima en grado é infinita en calidad, la monomanía responsable del genio que inunda de gloria los ámbitos del orbe, de la monomanía irresponsable de los pobres vesánicos, que cubre de duelo el corazón de sus deudos y de humana miseria los manicomios.

*Vesanius* justamente, es decir, loco, apellidaba á ese jóven el eminente Silvio su maestro, como para inferirle mortificacion y descrédito, achicándose él mismo ante la Historia y privándose con tal ruindad de aquella paternal deleitacion que, al contemplar el engrandecimiento del discípulo, remunera y glorifica los improbables cuidados del magisterio.

No tengo más que añadir: estamos en la cátedra de Andres Vesalio, del inmortal creador de la ciencia anatómica.

Vedle animado, cual no se logra verle en parte alguna fuera de este sitio; y es que justamente está hablando de lo que dia y noche le trae abstraído y mudo. Su discurso, de elegancia sobria, envuelve á un tiempo exposicion y crítica: sus argumentos asestados á la Anatomía galénica, extráelos de las entrañas mismas del cadáver que sobre el mármol de la mesa demostrativa yace, y que, yerto é indiferente á todo, contesta la verdad, precisamente porque no piensa. A la temprana edad en que veis á Andres y como si entreviera su prematuro y desastroso fin, acaba de dar á luz

un monumento *in-folio* de claro estilo, veraz exposicion, honda doctrina, cuajado de preciosas y atrevidas figuras, entre las cuales ya despuntan, como tierno plantel, las representaciones teóricas y los cortes esquemáticos de la Iconografía moderna y, para fin y remate de tan valiente obra, la más ingenua piedad anima el texto y las más graciosas viñetas capitales, alusivas al mismo, lo alegran y aromatan. Esta obra: «*De humani corporis fabrica*» es la fé bautismal de la verdadera ciencia anatómica, tan legítima hija del genio de Vesalio cual, Minerva lo fué del olimpico número. Las contrapruebas con que afianza su crítica de la *novela anatómica* de sus predecesores, son sacadas del cuerpo de diversos animales que, vivos aún é inquietos, aguardando la oportunidad de declarar, vagan en torno á la mesa demostrativa, turbulentos y mal refrenados por los sirvientes de la cátedra, ignorando, así éstos como aquéllos, que con tan chocante intrusion de irracionales en el sagrado anfiteatro, echaba Vesalio de camino los verdaderos cimientos de la Anatomía comparada.

Tal genio y tal empresa son los que atraen á este sitio la muchedumbre de discípulos que os impiden ver claro lo que en el centro está pasando, y oír distintamente lo que el doctísimo jóven está diciendo. Y reparad que estos no son discípulos de matrícula, sujetos á régimen disciplinario, sino concurrentes libres como el aire y que como el aire se precipitaron aquí; por el horror al vacío, sí; por el horror al vacío de conocimientos que entónces reinaba acerca de nuestra íntima constitucion física. ¿Veis aquel anciano y aquel mozo que reclinados contra una columna parece que devoran la palabra del maestro? Pues el viejo es un afa-

mado jurisconsulto, malavenido con la máxima romana que refiere al derecho todo humano y divino conocimiento; y es el jóven un pintor que fué discípulo predilecto del ya difunto Leonardo de Vinci, y ahora acude á las lecciones del insigne anatómico, á fin de imponerse en los resortes de la forma y la expresion artísticas, con tal provecho que diz que ha colaborado con entusiasmo á la ilustracion de la obra monumental del inclito disector. ¿Veis hacia el centro un grupo de hombres ya maduros, de acentuados tipos y que extáticos, absortos, parece que no atienden para mejor atender? Pues éstos son la flor de los filósofos, los políticos y los humanistas de la época que, atacados de asfixia intelectual, pues con ser grandes pensadores, fátales materia nueva en que pensar, acuden á las lecciones de Anatomía de Andres Vesalio, con una puntualidad y una aplicacion dignas de nuestros *sobresalientes* de quince años, y en confuso bar-runto presienten para más allá una crisis grave, trasluciendo algo parecido á Bacon y á Descartes. ¿Veis aquellos jóvenes imberbes que, allegados al maestro, tan pronto le auxilian en sus demostraciones, como toman nota de los mejores pasajes de su explicacion? Pues aquéllos son ya la semilla de la pléyade de ingenios que formará la escuela anatómica italiana, y cuyos nombres quedarán como apellidos vinculados á las partes más tenues y nobles del organismo, simbolizando el siglo de oro del progreso anatómico descriptivo. Doquier volváis la vista por este anfiteatro henchido de gentío, la diversidad de los tipos, la diferencia de las edades y la distincion de los trajes os revelarán que en él están representados todos los intereses sociales, todos los gremios letrados, todos los elementos pensadores, al pode-



roso incentivo de unas lecciones de *humani corporis fabrica*. Y para que no sea dicho que aquí falta representación de uno solo de los intereses sociales, reparad ahí aquel sacerdote capuchino, de cuyo rostro, anochecido por el batimiento de sombra de la capucha, sólo los ápices de barba y nariz revelan vida, al choque de la claridad cenital, y que, abalanzado pecho fuera por un intercolumnio, sin más fiador que su diestra asida al pedestal vecino, no escucha, empuja la palabra del joven profesor. ¿Le divisáis? ¿Le veis bien todos? Pues aquel modesto fraile es un gran teólogo de perspicacidad aquilina que, viendo más claro que el inexperto Vesalio, y aunque participe de su entusiasmo y su afán de investigación, tiembla por la fé y por la ciencia el día en que, consumado y difundido á nombre del libre examen el Cisma que veinte años há la militante Iglesia condenó, pueda la ciencia divorciada de la fé trocarse en malignidad, y la fé separada de la ciencia resolverse en intolerancia. Lo que Vesalio ignora y el nítido teólogo prevé, formará el testamento de esta época y el tema del gran conflicto de aquel siglo XIX que por breves instantes hemos abandonado.

Mas observo que, en nuestro platicar, ha dado punto Vesalio á la lección del día y que, mientras unos se agrupan en torno á la mesa demostrativa, con el natural empeño, de apreciar más de cerca las partes anatomizadas, toman otros, ó desesperanzados de lograr su objeto, ó por no tener al par que nosotros mismos su interés puesto en los hechos concretos, sino en el espíritu del discurso y el carácter del acontecimiento, el partido de abandonar resueltamente peristilo y sala, tribunas y platea de la corintia improvisada cátedra.

Llegada creo, pues, la oportunidad de retirarnos; y como sea muy violenta jornada, aún para la más poderosa imaginación andar y desandar con eléctrica presteza tres centurias de paso, y ese viajar de extremo á extremo, sin alto en los medios, ántes destruye que instruye, más cómodo y útil hallaréis que tomemos la vuelta andando; tanto más cuanto que, siendo en puridad la Historia un cementerio de ideas, mucho será que entre tantos y tan varios sepulcros como vamos á recorrer, no hallemos alguno á la sombra de cuyos sauces podamos tomar descanso, aliento y edificación saludable.

Ved, muy próxima por cierto á la cátedra de Vesalio, la tumba del Canciller Bacon. Pasémosla de largo si os parece; pues aunque es mucho el respeto que todos debemos á ese varon ilustre, no hay realmente, hasta llegar á Descartes, verdadero motivo de hacer alto para nuestro propósito. Dígase de Bacon lo que se quiera, nunca se logrará hallar en él más que un hábil afilador de instrumentos con aplicación á una industria que él nunca ejerció; un pensador que al recomponer para uso de los experimentadores el instrumento experimental, fué tanto y tanto lo que limó y pulió que sin advertirlo dejó borrada del utensilio la marca de fábrica, dando con ello pié á que los cultivadores de las ciencias empíricas crean que ese instrumento metódico ha sido forjado y labrado en sus laboratorios de Física, y no en los altos talleres de la sana Metafísica, que es lo cierto; y, finalmente, un genio de cuya aparición no hay verdadera necesidad histórica; desde el momento que ántes de él, y por lo tanto sin él, y en medio de la mayor anarquía filosófica y

metódica supo un Vesalio dar con el recto proceder de observacion y experiencia.

Y como que, ademas de todo, nada influyó Bacon en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS, no nos duela haber pasado de largo sus venerandos restos, para venir á sentarnos unos momentos cabe la tumba del inmortal Descartes.

Es Descartes un genio como Napoleon I; no se parece á nadie. Esos genios sin par corren el riesgo de ser mal juzgados siempre; razon por la cual la precavida Historia no cierra su causa nunca, y solo la deja sobreseida con la reservada fórmula de «sin perjuicio». Séame, pues, licito presentarme á declaracion.

Descartes fué un genio esencialmente militar. Resuelto, positivo, perentorio, conservó de la primitiva vocacion y vida de soldado dos cosas durante su vida de filósofo: su torvo semblante y su sable en el cinto.

Las dos capitales hazañas de Descartes, como pensador, fueron de una parte el «*cogito, ergo sum*» tremendo sablazo que, al romper la red de lucubraciones que aprisionaba el pensamiento, partió tambien sin advertirlo, la cuerda maestra de la Filosofia ortodoxa, que mantenía en estrecha y expedita comunicacion la mano de Dios con el último grano de arena del Océano; y de otra parte, su aplicacion del Álgebra á la Geometría que, si fué precedente histórico y científico indispensable para la ulterior invencion del cálculo infinitesimal, gloria del siglo xvii y motor del xix, fué asimismo otro sablazo que partió la unidad inconsútil de las líneas curvas en una multitud convencional de rectas:

es decir, que en lo uno y en lo otro procedió como el vencedor de Darío á la vista del nudo gordiano; cortando la verdadera cuestion, no resolviéndola.

Por manera que relativamente á estos dos grandes golpes, debiera apellidarse á Descartes, no precisamente «genio «creador» en el sentido de que acertó á ver lo que otros no vieron, sino ántes bien «genio militar del progreso,» en el concepto de haber pasado solo, caballero en su propia fogosidad y sable en mano el *punte de Belascoain* de la asediada Naturaleza, al frente y buena pieza por delante de la columna cerrada de investigadores del siglo XVII.

Por lo que dice, sin embargo, al «cogito, ergo sum» fué éste un tajo que dejó decapitado á cercen el cuerpo de la naciente Anatomía. Y en efecto, proclamada la existencia positiva del sujeto, en virtud del nuevo criterio fundamental de verdad, consistente en «la idea clara y distinta» de la cosa puesta á juicio, resultó que si se afirmaba del alma propia, por la percepcion íntima, y de la de nuestros semejantes, en fuerza de la congruencia entre sus palabras y nuestro propio pensamiento, congruencia que argüía la existencia de otro ente pensador dentro de los demas hombres, quedaban *ipso facto et eodem principio* tenidos por absolutamente desalmados así los brutos como las plantas: *de donde* el automatismo ó vitalismo animal cartesiano, como una consecuencia ineludible;—*de donde*, á su vez, la necesidad de reconocer, por una invencible analogía, un automatismo ó vitalismo animal humano, distinto de nuestra alma y á ella subordinado;—*de donde* la tan célebre cuanto baladí hipótesis del oficio de la mal llamada glándula pineal, y el nombre técnico de *frenos* de la misma que aún conser-

van las raíces blancas que ésta toma en lo alto de la especie de zaguan cerebral conocido por «ventrículo medio;»—*de donde* el carácter espúreo, no sólo por lo heterodoxo, sino tambien por lo *heterosófico*, de todas las formas de vitalismo médico post-cartesianas, incluso el del mismo Stahl;—*de donde* la necesidad de tantos artificiosos artificios al estilo de la *armonía prestabilita* de Leibnitz, y tantos vanos esfuerzos empleados más tarde para probar, ora que los animales son piedras intrincadas, ora que las piedras poseen animacion, ora que las cosas son concreciones de ideas, ora que las ideas son sublimaciones de cosas;—*de donde*, la dispersion del público que llamaré *vesalino*; de aquel auditorio representante de todos los intereses filosóficos y sociales, que acudia á la cátedra del jóven médico de Carlos V á libar con ansia las sabrosas enseñanzas que sus labios vertian;—*de donde* el abandono de la anatomía á los médicos, para que éstos á su vez la relegaran á los cirujanos;—*de donde*, finalmente, el lamentable absoluto divorcio entre los cultivadores de las ciencias morales y los investigadores de las ciencias físicas.

Ya veis, señores, que el machetazo, que no entimema, cartesiano, si no acertó á consolidar su legitimidad, alcanzó al ménos á acreditar el puño de Descartes, al dejar partida en dos pedazos por la violencia del golpe la escala de Jacob de la doctrina ortodoxa, por la cual ya en el siglo XIII discurría, con la celeridad y el gracioso aplomo de un ángel, el que lo fué de las escuelas; el crítico de críticos, el teólogo de teólogos; fray Tomás de Aquino.

La vigil Iglesia fué la primera que se dió cuenta de lo tremendo de aquel descalabro, que resolvía la locura filosófica

del siglo xvi por el peregrino recurso de cortarle la cabeza á la cuitada loca; mas ante la ingenua piedad del alma y la recta intencion del brazo de Descartes, contuvo aquélla los rigores de un apercebimiento.

Esta paternal tolerancia no aminoraba, sin embargo, la gravedad del siniestro. Filósofo es el hombre por naturaleza; para él constituye el filosofar una necesidad moral, y pues la Filosofía es, como tendencia, la resolucion del problema de la naturaleza y la finalidad del sér en sí, resulta que la *integridad de contenido* es la condicion esencial del verdadero filosofar; y no hay, por tanto, Filosofía posible como en ella falten Dios y la mitad moral del hombre, ni la hay tampoco aceptable, donde no se contengan la mitad material del hombre y el resto del universo mundo, y justamente, rota en dos pedazos la escala filosófica de comunicacion de lo uno con lo otro, si pretendemos discurrir por el tramo superior que péndulo queda, sólo podemos pasar de Dios al alma humana y repasar de ésta á Dios, y si pretendemos discurrir por el trozo inferior, caido al suelo por su propia pesadumbre, sólo alcanzamos un vano discurrir, pues por más que pasemos del cuerpo humano á las arenas del mar ó á las estrellas del cielo y de éstas á aquél, nada obtendremos en definitiva, porque en puridad, por caidos peldaños ni se sube ni se baja.

Confieso, Señores míos, que Descartes me tiene como suele decirse el corazon robado; que á él, como á Pascal y á Goethe, no me basta admirarles, sino que no sé qué dierra por haberles conocido y tratado con verdadera intimidad; sin embargo, no se dirá de mí que á la hora de juzgar de sus ideas la pasion me ciega el conocimiento.

Rota quedó en tal guisa, por un alarde de independencia intelectual, la escala filosófica de las categorías científicas en ocasión justamente en que ya crujía, por efecto de un alarde de otro linaje de independencia, la escala jerárquica de las categorías religiosas y con ella la íntima paz de las naciones.

Servíos volver los ojos á vuestra espalda, y allá, hacia el Norte, aquende y á la siniestra mano de la cátedra de Vesalio, contemplad entre-agrisada por el azur del ambiente, una tumba que parece una iglesia junto á una iglesia que semeja una tumba: aquellas son la tumba y la iglesia que respectivamente contienen cuerpo y alma de Martin Lutero. Seis años despues de nacido Andres Vesalio y setenta y seis antes de venir al mundo Renato Descartes, habia tenido lugar la excomunion mayor del fundador de ese templo y actual habitante de ese triste sepulcro.

Determinar la positiva influencia que la relacion entre el protestantismo, definido y simbolizado en todas sus variantes por esos restos que os señalo, y el cartesianismo en todas sus derivaciones, ejercerá más adelante en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS, diera pié á uno de aquellos temas accesorios que, al igual de la novelita de «*El curioso impertinente*» en el Quijote, ni está en su lugar, ni cae en la justa medida de la extension episódica. Privándome, pues, del gusto con que desenvolveria tan socorrido tema, ante el mayor y más legitimo de proveer á vuestra conveniencia, aténgome á suplicaros no olvidéis la simple consignacion que acabo de hacer, y á ofreceros que abandonando este sitio donde hemos tomado suficiente aliento, emprendamos de otro tiron la vuelta á nuestra querida Barcelona

del siglo XIX, á tiempo de terminar la apertura universitaria de su año septuagésimo octavo.

Echemos adelante, examinando al paso tan sólo aquello que derechamente á nuestro propósito interese.

Dicho está que á la muerte de Descartes quedó rota la escala de la Filosofía, y que esta interrupcion imposibilitaba el tránsito de Dios al universo y de éste á aquél, lo propio que del alma al cuerpo y de éste á aquélla, puesto que el lugar de la particion, recayendo en mitad del compuesto humano, dividía á éste en dos entes distintos; uno espiritual y otro animal, gratuitamente admitidos y científicamente inadmisibles.

Esta situacion no podía ser definitiva; pues dada la tendencia filosófica en el hombre ingénita, poco debía de tardarse en compensar esta solucion de continuidad de la materia del conocimiento. Dos solos partidos en lo humano quedaban: uno, materializar el espíritu; otro, divinizar la materia. Hé aquí los respectivos papeles que en la Historia del pensamiento desempeñan Locke y Spinoza: el primero ensayando la reduccion de la inteligencia á meras sublimaciones de la sensibilidad; el segundo intentando fundir todo lo existente y posible en el solo y absoluto sér, á quien llamó Dios por no exonerar á la substancia única del más excelente de los tratamientos substantivos.

Tan cumplidamente desempeñaron estos dos fecundos pensadores su mision de albaceas testamentarios del cartesianismo que, en casi todo lo restante de nuestro camino, ya ninguna novedad capital nos ha de sorprender: pudien-



do sin reparo pasar de largo la série de los mausoleos de Malebranche, Leibnitz, Hume, Condillac, Kant y Fichte, sin volver hacia ellos nuestros ojos, como no sea para honrar su recuerdo con el respetuoso acatamiento y el cordial deseo de beato descanso que su genio, su afan por contribuir al progreso de la humanidad y la buena fé que debemos atribuirles se merecen.—Cada uno de esos jefes de escuela, ó repite y agrava el postulado cartesiano, ó bien sustenta una variante de Spinoza ó de Locke. Es menester llegar á dos insignes poetas razonadores, Goethe y Hégel, para dar con un giro filosófico que, por su novedad en el pensar moderno, influya de un modo decisivo en el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS.

Durante este largo período las ciencias físicas, una de las creaciones del inmenso Descartes, no se daban punto de reposo, y en manos de Leibnitz, Newton, Huyghens, Halley, Bernoulli, Euler y tantos y tantos inspirados y perseverantes cultivadores, el impulso que recibieron fué bastante vivo para imprimir en sus resultados, aparte del carácter experimental que conservaban como dominante, un sello de precision matemática ya notable, sobre todo en lo tocante á la gran Física, ó Mecánica astronómica.

Empero, las ciencias naturales, si al par de las fisico-matemáticas, avanzaban, no lograban salida, para sus productos, quedando estancados en los almacenes de sus anales por falta de una doctrina en que tomar fletamento para el comercio filosófico; porque la verdad es que, á despecho de los trabajos de Buffon y sus sucesores, la Historia natural no era en aquella época gran cosa más que un

inacabable inventario de plumas y escamas y uñas y dientes y hojas y estambres y estigmas y pétalos; inventario que, en rigor de ciencia, no era por sí solo más que un rigor de paciencia, incapaz de arrojar de su seno ningún resultado, ni especulativo, ni práctico; y por su parte la Anatomía comparada reducíase á otro análogo registro de músculos, huesos, entrañas, vasos, y nervios, desprovisto de todo humano sentido de aplicación. Por manera que cualquier espíritu superficial, incapaz de reflexionar que el racional trabajo nunca resulta inútil, hubiera dicho que esas ciencias venían á ser como ligera y fútil labor, adorno y pasatiempo de afeminados ingenios.

Por otra parte los cultivadores de las ciencias de observación, alejados como vivían del terreno candente de las luchas político-religiosas, conservaban el verdadero candor que tanto cuadra á la investigación de la verdad, y mientras los filósofos heterodoxos se mostraban exasperados al ver lo intransitable que el imperio orgánico se mantenía en uno y otro reino, con su *quid ignotum* como misterio científico y su *quietismo* en las especies, definido por la mosaica cosmogonía y confirmado por la experiencia común, puesto que sólo atravesando esa cordillera de misterios de la vida era dado llegar á la identificación de lo físico y lo moral, muy sin cuidado transigían los más de los naturalistas con esta doble dificultad, por faltarles ya el interés en acometerla, ya la esperanza de dominarla.

Para salir de ese desequilibrio entre el exceso de material y el defecto de ideas, necesitábase la chispa del ingenio,

y el chispazo brilló en dos distintas cabezas y con matices luminosos de recíproco complemento.

Agonizando estaba la pasada centuria cuando dos de sus preclaros hijos, los aludidos poetas razonadores Goethe y Hegel, se mostraron resplandecientes de prestigio y gloria; el primero persiguiendo la *idea* en la misma realidad y el segundo entonando la epopeya de la evolucion de esa *idea* en la mar sin riberas y el tiempo sin horas del infinito. Artistas entrambos ante todo, sobre todo y en el fondo de todo, pero artistas estratégicos, de la estofa de que suele Alemania producirlos, fué su canto la voz de las tendencias militantes de su época. Y como la hora de la revolucion prevista desde hacia un siglo por Leibnitz era llegada, y su influjo trascendiendo á todas las esferas, debía asimismo trascender á la Anatomía, hé aquí que en un pestañear de Saturno, de un lado Goethe esboza en dos teorías correlativas la reduccion de todas las variantes vegetales al prototipo «hoja» y la de todas las variantes del armazon animal al prototipo «vértebra»,—de otro lado Hegel, convirtiendo la Filosofía en Historia y el contenido de ésta en una sola accion realizada por un solo sér, la «Idea», dá pié á que el ideal orgánico de Goethe sea explicado por reduccion á un mero incidente episódico de la evolucion de esa «Idea», ó Absoluto, en el tiempo y el espacio, quedando con este solidarismo de las teorías de Hegel y Goethe, formulada la identificacion de todas las especies naturales en un solo arquetipo ideal histórico;—Lamarck, tomando pié de la metamórfosis de los insectos, da como un hecho real ese ideal histórico, no reparando en que si la larva se transforma en ninfa y ésta en insecto perfecto y luego los hue-

vecillos que éste pone no dan insectos perfectos sino otra vez larvas, no se ha hecho con tantas mutaciones más que bajar de un salto de la altura á que con tanta pena se subió;—Cuvier pone en órden y pié científico los restos y las muestras fósiles de especies irracionales ya extinguidas, á las cuales más tarde, contra la presuncion de los primeros naturalistas, agrega Boucher de Perthes los primeros despojos descubiertos del hombre prehistórico;—Bichat crea la Anatomía general, es decir, resuelve los accidentes particulares de los órganos en los caracteres comunes de su organizacion;—Schleiden y Schwann animan esta generalizacion metódica de la naturaleza de los tejidos orgánicos con la teoría experimental que reduce á su vez todos los tejidos animales y vegetales al proto-elemento constitutivo y generador «célula»;—todas las dificultades á la reposicion de la escala filosófica por solo el esfuerzo y la industria de nuestra razon, sin que la mano del Eterno la afiance por el peldaño superior, parecen disiparse como nocturna neblina al remontar del sol de estío;—Schelling apremia de otro lado á los idealistas con un sistema filosófico más, miéntras del suyo Augusto Comte, obcecado de impaciencia hasta el extremo de caer en la aberracion mecánica de que el vapor del entendimiento, puesto en absoluta libertad, daría más trabajo útil que refrenado por la contraposicion de los principios racionales, lo suelta abriendo de par en par todas las válvulas, y llama al desatinado rugir de los escapes: «Filosofía positiva»;—Krause, ménos enérgico, propone en lo más recio del desórden, un sistema filosófico en que, á condicion de renunciar todo el mundo á su pudor intelectual, todos los pareceres se acomoden y reconcilien

en una que llamó «Unidad armónica;»—entretanto el ignorado Mayer sienta los fundamentos de la Termodinámica que, de una sola conmoción científica coloca en sus asientos la Física universal, dando pié á la resplandeciente «teoría de «las fuerzas constantes», que abarca en simplicísimo concepto la ecuación mecánica del Universo entero;—y sólo falta que Bunsen y su compañero de enterramiento experimental salgan, como en efecto salen, á enseñar con su espectrómetro el modo de reconocer sin falla la composición química de las más apartadas nebulosas, cuya teoría mecánica quedaba por lo visto construida;—y, por vías bien diversas de éstas, un centenar de pacientes anatomistas aclaran de día en día los secretos de la evolución embrionaria, y la simplifican reduciéndola á la teoría de las fuerzas constantes y á la idea hegelio-gœthica, y son éstas y aquéllas aplicadas por los psicólogos anglo-positivistas á los fenómenos anímicos y sociales, bajo un sentido determinista.

Hasta aquí todo ofrece,—aún el mismo error,—cierto carácter científico; empero la Política urge, el tiempo vuela y apremia, la teofobia tuerce y violenta el criterio final de la investigación, si no fuese por el secreto de la vida y la fijez de las especies, la idea de Dios resultaría demostrativamente innecesaria; ensáyase pronto la generación sin padres, ó *naturæ sponte*; «fórmese un musgo» grita la impaciente Política de partido, «y él hará verdadera la estatua de Condillac, la Divinidad inconsciente de Hegel y la «secularización de Roma: pronto! ea! vivo! y á la distinción «de las especies y á la escala de Jacob habremos substituído la escala de asalto del progreso y sin Dios en el cielo,

«ni Pontífice en Roma, ni alma en el cuerpo, seremos libres!»

De improviso una claridad como de fuego de Bengala alumbra el mundo de las ideas: á orillas del Támesis un hombre por todo extremo agudo, perseverante y experto ha dado en el secreto de la vitalidad que anima la corteza terrestre: su nombre es Darwin; su libro «El origen de las especies»; su punto de partida el de Lamarck; sus pruebas, fascinadoras; su principio «la lucha por la vida»; su ley histórica «las proto-especies madres»; su ley genésica «el espontaneismo»; su ley potencial «el hábito de la accion»; su Lógica la perfeccion del ladrido; su Ética el poder del hambre; su Estética la fruicion de la hartura; su Derecho la consumacion del hecho; su Metafísica la Física; y su Teología la absoluta inutilidad del Sér supremo.

Este es, Señores, el momento en que la idea anatómica, bajo la enseña del transformismo orgánico, toma una actitud resueltamente invasora y trascendiendo al Dogma, á la Filosofía, á la Enciclopedia, á la Política, aspira á sojuzgarlo todo, en nombre del ateísmo.

Y sin embargo Darwin es el heredero directo del piadoso Vesalio, muerto *ab-intestato*; y tras un largo juicio de testamentaría sale á lucir su patrimonio, acrecido con el interés compuesto de más de tres siglos.

Empero, para que se vea que la Historia, como el ruiseñor, nunca repite sus pasos por semejantes que parezcan, ni los inventa al capricho por nuevos que al oído suenen, observad que Darwin representa á un tiempo el último estra-

go del sablazo cartesiano que dispersara el auditorio de Vesalio, y la campana de llamada al aula que convoca nuevamente á aquel mismo auditorio á reanudar las lecciones. Mas ni el maestro, ni la lección, ni el lugar son iguales, porque han pasado sobre trescientos diez años. La enseñanza, en vez de concentrarse en la Anatomía y Fisiología humanas, versa sobre Anatomía y Fisiología trascendentales; el lugar no es el hemiciclo de Pavia, Bolonia ó Pisa, sino todo el hemisferio culto del mundo.

Al través, sin embargo, de estas enormes diferencias, no pueden ser más peregrinas y exactas las semejanzas. En Darwin, como en Vesalio, la Anatomía no se especializa, sino que se da sin limitación en sus aplicaciones; en Darwin como en Vesalio, el interés médico sólo forma una parte del total interés; en Darwin como en Vesalio, la novedad de la doctrina produce una crisis científica; en Darwin como en Vesalio, el alma está *tota in corpore toto*; sólo que el alma ortodoxa de la Anatomía del primero es la causa íntima que da forma y acción á la materia, y el alma de la Anatomía darwinista es el mito llamado actividad de la materia que, á fuerza de actuar, recibe forma por extrañas influencias; en Darwin como en Vesalio, se modifica la Anatomía humana por la comparada; en Darwin, finalmente, como en Vesalio, se fijan todas las miradas y se conmueven todos los intereses; sólo que Vesalio excitaba la curiosidad de los individuos y Darwin agita la suerte de las clases.—Aquel anciano jurista del anfiteatro de Pavia es el Derecho moderno, trabucado por el determinismo y el despotismo, consiguientes á la escuela anatómica hoy dominante. Aquellos silenciosos filósofos

humanistas y políticos que tanta importancia daban á las enseñanzas anatómico-fisiológicas del protegido del invicto Cárlos, son hoy el espíritu histórico invadido por el fatalismo, el espíritu económico empedernido por la legitimación del egoísmo y el espíritu político sofisticado, socolor de libertad, y reducido á la lucha de los partidos por la subsistencia propia, no por el bien de la patria y encaminado al más lógico despotismo; todo en virtud de esa «lucha por la vida», que se da como causa y efecto del desenvolvimiento de los individuos y causa y efecto, á su vez, del de las sociedades; y, finalmente, los barruntos de aquel sabio capuchino que con tanto interés seguía la palabra del creador de la ciencia anatómica, son hoy la alarma de la Iglesia, cuya cabeza visible, á duras penas entrevista bajo el capuchon del Vaticano, no disimula la alarma y el duelo que en su ánimo promueve el desatado influjo del anatomismo darwinista.

Alemania, la que presume de gran maestra del pensamiento, abdica de sus creídos derechos, para hacer vestir á sus sabios la librea del ilustre sofista inglés: para ella ha sido poco apresurarse á vaciar en el molde del transformismo toda la literatura científica natural; el espíritu de Lutero, sintiéndose próximo á su fin, instituye á la Anatomía moderna en su heredera de confianza y no cesa de repetir al oído de los escritores alemanes: «¡No os detengan preocupaciones de orgullo nacional; no las gloriosas tradiciones filosóficas; no la conciencia de que atentáis al porvenir de la misma libertad política! Por mí sois lo que sois; yo muero y Roma subsiste: proclamad á Darwin: que ésto es lo que conviene á la causa del partido.»—Y Alemania obedece



á esa voz, como en su dia obedecerá á la de Moltke, militarmente; y despues de haber aplicado el anatomismo darwinista á todas las materias y todas las cuestiones, lo proclama por boca del ingenuo, profundo y eruditísimo Hellwald, como criterio para la misma *Filosofía de la Historia*; pero por tan honrada manera, efecto de la independenciam de su carácter, que, en la Introduccion á la citada obra, declara sin vacilar que no se formen ilusiones sus compañeros de ideas materialistas con respecto al porvenir de la libertad; pues los principios transformistas, que él cree ciertos, sólo conducirán al más inclemente despotismo.

En el resto de Europa y singularmente en Italia é Inglaterra, el anatomismo transformista cunde por demas, y á cada nueva publicacion del fecundo é intencionado Darwin, sucede una ratificacion acentuada en la idea y una exaltacion sensible en su propaganda.

Exactísima medida dan, Señores, estos hechos del VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS EN EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO; medida cuya determinacion me había propuesto como tema y, si se tiene en cuenta que no me he reducido á buscarla como por tanteo, de una manera empírica, directa, sino que á su estimacion he llegado por un exámen filosófico é histórico de los valores precedentes que han preparado el actual, atrévome á esperar que aceptéis esta valoración, no como un dato inerte, meramente curioso é instructivo, y ménos aún arbitrario, sino como un dato real, dotado de fuerza viva que, por lo tanto, permite en virtud de la consideracion de su pasado y su presente, justipreciar su ulterior paradero.—Sólo de esta suerte podía, á lo que se me alcan-

za, ser oportuna y eficaz la elucidacion de semejante tésis en una solemnidad universitaria.

Ahora bien: ¿este VALOR ACTUAL DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS es definitivo?

Hasta aquí dejé por punto general que hablaran por mí los hechos; mas al llegar á esta pregunta, mi contestacion no puede salir de la esfera de un dictámen personal. Concededme, pues, unos brevísimos instantes de próroga de vuestra atencion, preciosa de suyo y por mi preciada, y emitiré mi parecer franco y cumplido; ya que con ser mio, no hay que prometérsele sabio, ni aguardarlo indeciso.

Tiene la marcha del error su símbolo en el proverbio del hijo pródigo: su vuelta al paterno hogar es siempre exhausta de caudal, mas siempre rica en experiencia. Haced memoria, sino, y habrá de representárseos la inmensidad y la preciosidad de conocimientos é invenciones que el mundo debe á las falsas doctrinas, y asimismo echaréis de ver, con el libro de la Historia en las manos, que si el error muere, subsisten en cambio sus positivas conquistas: de suerte que la humanidad viene á ser como un viajero muy sereno y astuto que, léjos de dejarse desbalijar en su camino, ántes al contrario ella despoja á sus salteadores y no les quita la vida, en la seguridad de que un dia ú otro se morirán por sí solos, porque en parte les compadece.

Y es que, en puridad, la *sinrazon absoluta* ni ha tenido ni puede tener éxito nunca, y cuando vemos que el error al-

canza algun predicamento, claro es que lo debe á un tanto que contiene de verdad en sus motivos.

El hecho que nos ocupa en este discurso no es más que un caso particular de esta ley histórico-filosófica. Así, en el actual VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS hay que deslindar cuidadosísimamente dos opuestos factores: uno lo que vale el error de la tendencia que lo ha determinado; otro lo que vale la verdad de los motivos que le han dado ocasion.

De lo primero, ó del error en sí, nada debo añadir á lo ya expuesto en el cuerpo de esta oracion: tanto el alma cartesiana, posada en la cabeza del individuo, á guisa de fuego de San Telmo en la punta de un palo maestro, cuanto el alma de los Condillac, resultado al par que la luz eléctrica, del *enfocamiento* de nuestras actividades químicas, son, francamente, concepciones que no resisten un serio exámen, ni ménos aún el paralelo con el alma *totius substantiæ*, informadora de todo el cuerpo individual y fuerza viva de todo su mecanismo. Mas, por lo que atañe á lo segundo, ó sea, á lo que vale la verdad de los motivos que han dado ocasion al anatomismo contemporáneo, debo consignar que diez años ántes que Cárlos Darwin escribiera y que el positivismo psicológico inglés causara estado filosófico en las obras de su jefe Herbert Spencer, ya en la reducida esfera de mi cátedra me lamentaba *in extenso*, durante las lecciones que bialmente doy de «Introduccion á la Medicina y á los estudios anatómicos,» cuanto pudiera ahora repetir, á serme dado dilatar mi discurso. Aquí sólo diré, por vía de sustancial apuntamiento, que si en buen hora las dos facultades antropológicas de la Clínica y del Foro hubiesen procurado, mediante una clara idea de su objeto y de su interes,

así en lo que tienen de respectivo, como en lo que tienen de comun, acercarse á pesar de Descartes, como era debido, y no separarse desde Descartes en adelante, como si á la puerta del médico fuesen á llamar los muertos y á la del jurisconsulto las almas del purgatorio, no se hubieran acentuado de siglo en siglo, ni ese divorcio perjudicialísimo al buen servicio social, ni esa tendencia insensata á completar cada cual en su limitado terreno, por cuenta propia y comun riesgo, un sistema antropológico independiente. Ahí está, sí, ahí, la raíz del mal y no en Darwin: que no es razon dar por sistema toda la culpa de lo malo á lo presente y la libre absolución á lo pasado. Ahí está la verdad de los motivos que legitiman en parte el anatomismo contemporáneo: la Fisiología, menospreciada por los psicólogos, resolvió en su despecho ocurrir por sí sola á sus necesidades y, como por falta de preparacion y hábito de la mayoría de sus cultivadores, está desprovista de sentido psicológico ó subjetivo, ha debido acaecer que al formar una psicología objetiva, nó sólo ha obrado mal, sino que, no hallándose en situacion de conocerlo, cree haberlo hecho á la perfeccion; bien como el sordo de nacimiento, á quien se antojara cantar; que no solo desafinaría, sino que no habia de ofrecernos humano medio de labrarle el convencimiento de lo detestable que resultaba su pretendido canto.

Apoyado en estas consideraciones, á grandes rasgos sustanciadas, opino: que del actual VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS quedará íntegro y definitivo el de su material intrusión en todas las ciencias de objeto antropológico, pues que con ello se corrige un error histórico y se satisface una necesidad actual, y desaparecerá, marchito por el

universal desprestigio, el valor intencional teofóbico que ha promovido y realizado aquella intromision.—Mas breve: tratándose de un mal que ha venido por bien, confio que ántes que espire el siglo, se habrá consolidado el bien y habrá desaparecido el mal.

Quizá se me objete, (y por cierto con grandes visos de fundamento,) que esa tendencia que ha dado tan gran valor á los estudios anatómicos, no desaparecerá, siendo, como es, la propia tendencia materialista que léjos de llevar traza de desvanecerse, ántes al contrario, se arraiga de día en día en los corazones. Mas á esto replicaré, yéndome al fondo del asunto; en primer lugar, que el materialismo no es un sistema nuevo, sino el más antiguo que se conoce y que en la misma obra maestra de «Historia del materialismo» del justamente renombrado Lange, donde quiera que éste trata de convencerme de que dicho sistema ha aparecido en el mundo muchas veces, yo resulto convencido de que ha desaparecido otras tantas, y veo además, que siempre ha desaparecido, como dentro de pocos años desaparecerá, por el cansancio de sí mismo:—y en segundo lugar, que el materialismo de por sí no me inmuta, por la sencilla razon de que no creo siquiera en su existencia, como especial sistema, y sobre este particular, séame lícito, ántes de dar punto á mi discurso, transcribir, casi al pié de la letra, lo que en otro reciente é inédito, relativo á distinta cuestion, tuve el honor de exponer, quedando aún incontrovertido mi razonamiento:

Este razonamiento, helo aquí:

Yo no puedo admitir distincion de panteismos.

Todos los sistemas filosóficos posibles, de carácter absolutamente humano, ó que para nada cuentan con la revelación, son fácilmente reductibles á uno solo, bajo la denominación de *panidentismo*. La análisis de dichos sistemas en sus conceptos posibles, *ontológico*, *histórico* y *metódico* demuestra la verdad de lo que dejo enunciado.

En el concepto *ontológico*, la palabra «panteismo» resulta vacía de sentido; pues por más que Dios sea absoluto, su noción es para nosotros relativa, lo propio que espíritu (ó idea) y materia; por lo cual la unidad de substancia implica imposibilidad de especificación de cuál sea esta y, en consecuencia, nulidad de nombre, por indeterminación de la cosa.

Por este concepto, pues, no hay más que un *panidentismo*, ó identidad del todo, sin naturaleza definible de ese todo, por ser absoluto, por falta de relación.

Por el concepto *histórico* el sér en su evolución no puede tomarse más que ó en singular, ó en plural: si lo primero, caemos otra vez en la unidad anónima de substancia, ó sea, en el *panidentismo*; si lo segundo, esa pluralidad de substancias no consintiendo que sean todas absolutas, obliga al dualismo de Criador y criaturas, y ya nos salimos de la filosofía absolutamente humana en demanda de un complemento de revelación.

Finalmente, por el concepto *metódico*, una de dos: ó soy escéptico, ó soy positivista: en el primer supuesto, no dando ningún crédito á mis sentidos externos, me quedo solo conmigo, como única cosa conocida, y en este caso yo soy todo, y como no sé qué cosa soy, si materia ó espíritu, pues que soy el todo, caigo de lleno en el *panidentismo*;

miéntras que en el segundo supuesto voy á parar al propio resultado por contrario camino; pues como tan sólo á mis sentidos externos presto asenso, y ninguno á mí como positivo sér, y los sentidos no me dan más que materia, y si todo es materia me quedo sin concepto especial ó relativo de «materia», restándome en su lugar el concepto absoluto de unidad de substancia ó identidad anónima del todo: dígaseme si por contrario camino no me precipito igualmente en el *panidentismo*!

De todo lo cual resulta que la verdadera cuestion de fondo no consiste en si domina el materialismo, ó si renace el idealismo, ó si medra el escepticismo, ó si torna el positivismo: no, mil y mil millares de veces; la verdadera cuestion de fondo está en la tendencia pia ó impía, benigna ó maligna, sumisa ó discola que informa las ideas dominantes; y en este terreno, en las últimas profundidades de la cuestion, debo persistir en augurar y á mis riesgos auguro, lo propio que á flor de tema auguré, y es que Europa, atacada de verdadera nostalgia de caridad, se está ya disponiendo á una reaccion benigna y pia.

Y pues creo, Excmo. Señor, haber precisado el VALOR DE LOS ESTUDIOS ANATÓMICOS EN EL MOVIMIENTO INTELECTUAL CONTEMPORÁNEO, investigando los orígenes históricos, los motivos filosóficos, los elementos reales y los intencionales y el presumible remanente de este valor, habiendo puesto por lo tanto la mayor diligencia en presentarlo como una

fuerza viva de la Ciencia y la Sociedad que nos circundan, no tengo más que añadir sino la expresion de mi profundo agradecimiento á esta asamblea por la benévola atencion con que me ha honrado; la cual por cierto no me ha de envanecer, pues como de filósofo no tengo más que mi insaciable sed de conocimiento, acontéceme que, doquier fijo la vista por el mundo, desde el sabio al ignorante, del grano á la hoja seca, del cielo al mar, del rey al pordiosero, yo no alcanzo á encontrar más que maestros.

HE DICHO.

José de Letamendi.

Barcelona, 1.º de Octubre de 1878.